

UN SALTO DESDE EL VACÍO: LA CLASE Y EL “PROBLEMA” DE LA HETEROGENEIDAD DE LOS SECTORES SUBALTERNOS.

Candela de la Vega.

Cita:

Candela de la Vega (2019). *UN SALTO DESDE EL VACÍO: LA CLASE Y EL “PROBLEMA” DE LA HETEROGENEIDAD DE LOS SECTORES SUBALTERNOS*. XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-023/418>

UN SALTO DESDE EL VACÍO: LA CLASE Y EL “PROBLEMA” DE LA HETEROGENEIDAD DE LOS SECTORES SUBALTERNOS

Introducción

Este artículo se sitúa ante la pregunta sobre la forma de los conflictos sociales hoy en América Latina. En nuestra mirada, la realidad de las luchas contemporáneas se constituye y visibiliza como un campo complejísimo atravesado por conflictos que multiplican los sujetos y objetos en disputa en torno a problemas como el poder, la vida, el trabajo, la identidad sexual y de género, la apropiación de bienes naturales, el ambiente o la tierra, entre otros. Así, un variopinto campo de batalla se abre de norte a sur para constatar un abanico de sujetos que se involucran en luchas sociopolíticas, con sus también diversos espacios de configuración de demandas, de prácticas contestatarias y organizativas, de materias y modalidades de sus expresiones conflictuales; así como también de sus sentidos políticos y alcances programáticos. En otras palabras, y tal como hemos venido mostrando en trabajos previos (de la Vega, 2018, 2017a y 2017b, 2016; Ciuffolini, 2017; 2015, 2010; Núñez, 2013), la condición de fragmentación de la conflictividad social y su localización en específicos contextos es parte de la manera en la que las resistencias contemporáneas se estructuran y desarrollan.

Ahora bien, la marcada hibridación de experiencias y lenguajes políticos que articulan y expresan estos sujetos parece que ya no caben en el canón explicativo de *conflicto de clases* y, entonces, se comienza a buscar otras categorías –“acción colectiva”, “movimientos sociales”, “género”, “etnia”, entre otras– para entender los nuevos desafíos al orden social. Lo cierto es que, esta posición se acentúa cuando constatamos, rápida y superficialmente, la presencia cada vez menor de agentes o colectivos que invocan la “clase” para construir sus demandas, sus proyectos e identidades políticas¹. Es que, en nuestra mirada, una parte importante de los procesos de movilización política de al menos los últimos 20 años en nuestra región comenzaron, se expandieron y consolidaron desde necesidades, lenguajes y formas de subjetividad política muy alejadas de las consagradas reivindicaciones “por el salario” o, incluso, por “la revolución”². Menos aún, sus horizontes de transformación tampoco se vuelven inteligibles o se enuncian como luchas por el “socialismo” o el “comunismo”.

A principios del siglo XX, y con fuertes referencias europeas, esta heterogeneidad de lenguajes y experiencias políticas inspiró en nuestros círculos académicos e intelectuales la creación y reproducción de un discurso teórico –y de un dispositivo analítico edificado sobre él– ciertamente simplificador y reduccionista que, para pensar la constitución de sujetos con capacidad para trastocar el orden sociopolítico, proponía dividir las aguas entre los “viejos” protagonistas y los “nuevos”³. Entre los primeros, encontraríamos al movimiento obrero, los sindicatos y partidos de izquierda; y entre los segundos, explota un arco iris de sujetos y reivindicaciones subalternas que va desde los movimientos que agrupan a las históricas y siempre renovados reclamos de comunidades indígenas u originarias; o a las organizaciones ambientales en defensa de territorios y bienes naturales; los movimientos feministas, antipatriarcales o de autoafirmación de identidades sexuales y de género;

¹ Para nuestras investigaciones, ejemplo de ello ofrece la compilación de resultados que se reúnen en Ciuffolini (2017) y Núñez (2013). Para otras investigaciones, se puede constatar esta tendencia en los mapeos de luchas que nos ofrecen, por ejemplo, las compilaciones de: Korol (2010); Gudynas (2016); Alimonda, et.al. (2017). Este diagnóstico alrededor de un “desplazamiento” o “secundarización” de la *clase* como categoría para la comprensión de fenómenos de movilización sociopolítica también es compartido por Gómez (2017; 2014), Seoane et.at. (2018); Piva (2016) o Modonesi e Iglesias (2016).

² Por ejemplo, las luchas por los derechos humanos, por el ambiente, por el acceso a la tierra o al acceso urbano, en nuestras investigaciones, emergen, más bien, como “luchas por la vida”. (Cf. Ciuffolini, de la Vega, et.al., 2017)

³ Por ejemplo, ver los anclajes que proponen los extendidos y antiguos textos de Zibechi (2003) o Svampa (2009).

las organizaciones que se constituyen alrededor del reclamo y defensa de derechos humanos, los colectivos de jóvenes u organizaciones de migrantes, entre otros.

En parte, lo anterior ha contribuido a re-producir un alejamiento de la teoría marxista como referente teórico para dar cuenta de los históricamente variados procesos de movilización política en nuestras sociedades latinoamericanas. En este plano, no es menor la perplejidad a la que nos enfrentamos cuando observamos el hiato entre, por un lado, una férrea convicción teórico-política de inscribir las actuales formas de resistencias como grietas o puntos de fuga desde formas de dominación capitalista; y, por otro lado, cierta reticencia a utilizar una analítica clasista para explicar su surgimiento, dinámica y también sus ocasos o fracasos.

En este plano, este artículo parte de diagnosticar una tendencia al uso selectivo y excluyente de la analítica marxista sobre la *clase*, ante la histórica y constatada heterogeneidad de los sectores subalternos. Esto es: resulta pertinente e incluso “obvio” que, para algunos procesos de lucha y resistencia, sea pertinente el uso del andamiaje teórico que el marxismo ha desarrollado para explicar la emergencia y constitución de sujetos políticos; mientras, para otros procesos de resistencia, no lo es o –cuando no es acusado de “herejía”– lo es en menor escala o se utiliza a un nivel descriptivo. La tesis que aquí sostenemos es que la encrucijada en la que nos coloca esta situación tiene que ver con el desplazamiento o la suspensión de la noción de *conflicto de clases* como categoría explicativa de la dinámica global de la producción/reproducción/transformación del orden social y de los sujetos en él.

En este marco, este artículo se dispone a explorar, en un primer apartado, algunos motivos y, principalmente, las consecuencias del rechazo –implícito o no– de la teoría marxista y su enfoque sobre la *clase* para explicar la constitución de sujetos políticos que no pueden ser reconocidos, *prima facie*, como sujetos “típicamente clasistas” –esto es, no producen inmediatamente lenguajes, formas y prácticas organizativas-reivindicativas que puedan ser aceptados, sin más, como “anticapitalistas”, “revolucionarios” o “comunistas”. Aquí nos apoyamos, a modo de ejemplo, en algunos resultados de investigaciones previas sobre la emergencia de experiencias de resistencias ambientales y en defensa del territorio en Argentina.

En un segundo apartado, y considerando que no podemos hacer ninguna crítica sin proponer alternativas posibles, planteamos recuperar ciertas claves del enfoque marxista sobre la *clase* como forma de pensar la constitución múltiple de sujetos políticos, con sus no menos heterogéneas experiencias de resistencia. No se trata, en nuestra intención, solamente de desempolvar y reivindicar un concepto –el de *clase*, y, en consecuencia, el de *conflicto de clase*–; sino de encontrar, reinterpretar y exponer unas claves que puedan ser potentes para enfrentar un preocupante modo de gestión teórica –y política– con enormes efectos de fragmentarios para leer el evidente y documentado hecho de la pluralidad de formas con que emergen y se sostienen, en nuestra región, las resistencias contemporáneas al capitalismo y a su orden neoliberal.

I. ¿Una teoría para cada sujeto en lucha? Motivos y consecuencias de una gestión teórica diferenciada según “tipos” de sujetos y experiencias de lucha

¿Por qué la analítica de *clase* es rechazada como “anticuada” o, en el mejor de los casos, como “impertinente” para analizar aquellas experiencias de lucha y conflicto que emergen por fuera o más allá del “reclamo salarial” o alrededor de la relación salarial entre sujetos? ¿Por qué es que se toma como evidente que la heterogeneidad de las experiencias de lucha latinoamericanas, “en permanente e irresoluble suspensión, simplemente no puede ser aprehendida a partir de las categorías marxistas” (Segato, 2013: p.39)?

Aun cuando la tradición marxista nunca ha dejado de estar presente en el pensamiento

latinoamericano, la atracción que operaron los enfoques de la “acción colectiva” y de “los nuevos movimientos sociales” para los análisis de procesos empíricos de resistencia⁴, por un lado; y la inercia a naturalizar la alternancia u oposición entre estas formas conceptuales y un enfoque *de clase*⁵, por el otro; abrió una tendencia a prescindir de la noción de *clase* para el análisis de los procesos de movilización de sujetos en lucha que no entraban en las consagradas formas organizativas, expresivas y programáticas de los “trabajadores”: partidos o sindicatos. En este sentido, por ejemplo, y a pesar de esfuerzos teórico-analíticos importantes, las luchas que en nuestra región se alzan alrededor de la denominada “cuestión ambiental o ecológica” o de las “cuestiones de género” constituyen experiencias sobre las cuales más comúnmente se ha aceptado una supuesta “diversidad” o, al menos, cierto “desplazamiento” respecto de un formato aparentemente canónico de los sujetos que protagonizan “luchas de clases”⁶.

Esta tendencia a prescindir –especialmente para cierto “tipo” de experiencias de lucha – del enfoque analítico *clase* para abordar las formas de constitución de subjetividades políticas también se explica en una variante de motivos que podríamos llamar teórico-político. Decimos que son teórico-político porque que constituyen las resonancias en los marcos teóricos e interpretativos de un acontecimiento político que configura la experiencia social contemporánea⁷: la emergencia y consolidación de una nueva lógica política de la dominación capitalista: el neoliberalismo. Si en determinado momento dejamos de pensar en *clases* como forma de nombrar, reconocer y analizar ciertas subjetividades en lucha, una explicación a ello debe empezar por reconocer la incidencia de las nuevas formas de gobierno neoliberal incluso en la configuración de los conflictos y en las luchas que habilita o no.

Coincidimos con algunos autores (Laval y Dardot, 2013; Lorey, 2016; Foucault, 2007) en que, a nivel global, y desde la década de 1970 el capitalismo comenzó a organizarse a partir de una lógica neoliberal que, basada en la generalización del mercado y la competencia, reestructurará

⁴ Nos referimos a la importante penetración que, para procesar la variedad de procesos contestatarios, representan las propuestas analíticas basadas en la Teoría de la Movilización de Recursos (TMR), el enfoque de las Estructuras de Oportunidades Políticas (EOP) y el paradigma de los Nuevos Movimientos Sociales (NMS). Surgidos entre los años '60 y '70 en Europa y los EE.UU., tales perspectivas significaron una renovación teórica en el campo de estudio de los movimientos sociales, por lo que, no es de extrañar que conceptos como “repertorios de acción”, “ciclos de protesta”, “formas de organización”, “identidad”, “oportunidades políticas”, se introduzcan –de manera más o menos reflexiva sobre su estatus epistemológico– en las investigaciones empíricas. Si a ellas se le suma la propuesta teórica y analítica de Laclau y Mouffé, y el aporte de éstos últimos a explicar la cuestión actual del “populismo” –potenciado enormemente por la identificación de experiencias de movilización de masas, con liderazgos fuertemente personalistas, decisionismo plebiscitario, y fuerte polarización política–; tenemos ya una gran parte de la paleta conceptual que, al menos en Argentina, estructura los análisis sobre luchas sociales de los últimos 20 años. Desarrollamos este punto en de la Vega (2017).

⁵ Gómez dice que “La explícita escotomización o relegamiento de la cuestión de clase opera desde el nacimiento mismo de estas teorías [...] Ambas tradiciones hacían profesión de fé de categorías analíticas que se planteaban como competitivas o alternativas a las de clase” (2017: 95).

⁶ Por ejemplo, en la lectura de Soto Fernández *et.al* (2006) se considera la “naturaleza distinta” entre el “conflicto ambiental” y el “conflicto de clases”, y critica aquellas miradas que suponen una superioridad ontológica y performativa del conflicto protagonizado por lo que asume son “clases sociales”. Pero también estas pueden ser las conclusiones apresuradas de ciertas lecturas ancladas en la difundida perspectiva de la “colonialidad del poder”, de Aníbal Quijano (2014); esas lecturas reclaman la centralidad de la raza como forma de relación arquetípica para explicar las luchas y subjetividades políticas, y son el fundamento de afirmaciones como las de Segato (2013), citada en el primer párrafo del apartado.

⁷ Ya advertíamos en artículos previos (de la Vega, 2018 y 2017) que es particularmente notable la manera en la que cada época y cada sociedad se entiende y dice a sí misma a partir de determinados conceptos que le permiten explicar cómo es que las cosas suceden, cuáles y en qué consisten sus problemas, y qué tipo de transformaciones pueden o no suceder. Es quizá por ello que cada momento histórico tiene un repertorio de categorías que se vuelven comunes y compartidas, cuyo uso y reiteración dicen de la extensión, publicidad y validez de determinados conceptos respecto de su potencia para explicar el presente. Pero ese repertorio de categorías siempre implica la exclusión de otras, y por lo tanto, de los problemas, cosas, transformaciones y relaciones a las que refieren.

transversalmente el gobierno de las relaciones sociales⁸. Así, se desplegó un nuevo repertorio de conceptos y formas de percepción en relación al mercado; al Estado; a la propiedad de uno mismo y de nuestro cuerpo, y de los cuerpos otros; de los territorios, de las maneras de vivir y producir; y, finalmente, de las formas de subjetividad política. Es de esperar que, en consecuencia, se reestructuren las formas de expresión, los tiempos, los enlaces y desenlaces posibles del conflicto social. En este marco, lo que llevó al entierro de la noción de *clase* como pivote de la comprensión de las subjetividades políticas no fue solamente la crisis política del mundo socialista post '89 y la imagen de un mundo "unificado" en el "consenso" sobre el fin de cualquier proyecto anticapitalista; sino también un reestructuraciones de las condiciones estructurantes de los conflictos y las subjetividades en lucha, que incluyó un desplazamiento del "espacio de producción" como centro del conflicto, y que representa, incluso, un componente importante para la desorganización de la subjetividad como clase de los sectores obrero-sindicales⁹.

Más allá de que merece la pena explorar más profundamente los aspectos e implicancias de lo expuesto en los párrafos anteriores, el problema al que apuntamos en este artículo apunta a notar que la tendencia a prescindir de la analítica de *clase*, al menos para cierto tipo de experiencias de lucha, constituye un desplazamiento o una suspensión de la noción de *conflicto de clases* como categoría explicativa de ciertas porciones de la dinámica de la producción/reproducción/transformación del orden social y de los sujetos en él. Ello repercute, a nuestro criterio, en la opción y la disputa por un pensamiento dispuesto a abordar la relación entre, por un lado, la emergencia y desarrollo de un determinado proceso de lucha y de las formas subjetivas a él asociadas; y, por otro lado, las condiciones de existencia y vida que ese proceso de lucha viene a denunciar, interrumpir o reorganizar. Entonces, con este planteamiento, no apuntamos ni a homogeneizar o negar la heterogeneidad histórica de las luchas y subjetividades políticas de los sectores subalternos en América Latina, ni de desatender y comprender las especiales condiciones históricas de emergencia y desarrollo de ciertas luchas frente a otras; sino de advertir los problemas que supone suspender selectivamente el supuesto del conflicto y el antagonismo de clases para ciertas "zonas" o "campos" de movilización y contestación política –y dejarlo activo para otros.

En este camino, el uso selectivo del enfoque de *clase* según "los tipos de sujetos" en lucha nos conduce hacia algunos callejones sin salida:

En primer lugar, trasluce una posición que admite que solo las "clases populares", o "los pobres", o "los trabajadores" son acreedores de un enfoque de estudio que los relacione con instrumentos que registren y analicen sus contradicciones a la hora de producir y reproducir sus condiciones de vida¹⁰. Este planteo, lógicamente, concluye que un enfoque de *clase* no debería usarse para analizar sujetos contestatarios que son "inconsistentes" desde el punto de vista posicional o discursivo, es decir, que no pueden ser asignados transparentemente a ciertos estratos ocupacionales o sociales, o no producen discursos políticos que expresen un autoreconocimiento como "clase". La confusión es obvia entre, por un lado, la acción política que se define por los propios sujetos como "clase" –en tanto modo de nombrar la propia subjetividad política, que podría reconocerse en una expresión del tipo "somos una

⁸ Como dice Foucault, el orden neoliberal no es una alternativa al capitalismo, es una manera de "hacerlo funcionar" (2007: p. 111)

⁹ Por ejemplo, Piva (2016) explica en su estudio sobre el caso argentino que los procesos de desorganización de la "acción de clase" de los sectores asalariados entre 1989 y 2009 son parte de la crisis de un largo ciclo de luchas políticas y sociales de inspiración anticapitalista, popular, socialista y antiimperialista", iniciada en la década de 1990.

¹⁰ Gómez apunta que un punto crucial para este tema es "la necesidad de separar los movimientos-acción colectiva clasistas o "de base clasista" y el análisis clasista de los movimientos-acción colectiva que se mezclan confusamente muchas veces. Se suele suponer distraídamente que uno lleva al otro y que el análisis clasista debe justificar los soportes de clase de los movimientos, demostrando que los emplazamientos políticos y culturales entran en correspondencia con posiciones estructurales. Este planteo lógicamente concluye que un análisis clasista no debería usarse para analizar movimientos que son heterogéneos e inconsistentes desde el punto de vista posicional" (2017: p.97).

clase en lucha” o “no somos una clase en lucha”–; y, por otro, la posibilidad de un análisis de la acción política, los movimientos, organizaciones y los sujetos, desde un enfoque sobre la *clase* y su (no) constitución¹¹.

En segundo lugar, como consecuencia de este uso selectivo del enfoque marxista, advertimos el riesgo que transporta el reconocer e interpretar las “diferencias” de experiencias de lucha a partir de dicotomías que, más que instrumentos analíticos, se vuelven dispositivos que edifican divisiones ontológicas al interior de las prácticas de los sectores subalternos. Por ejemplo, cuando se lee desde una mirada clasificatoria y estática aquellas modulaciones entre demandas o luchas “culturales o identitarias” y demandas “materiales o económicas”¹²; o cuando se utiliza del mismo modo la distinción entre luchas que se despliegan en el ámbito de “la producción de mercancías” y luchas en el ámbito de la “reproducción de la fuerza de trabajo”¹³.

Estas distinciones y categorías nos pueden ayudar a comprender ciertas especificidades y lenguajes de las luchas subalternas, como también sus desplazamientos históricos y su fluidez¹⁴. No obstante, pueden resultar verdaderas obstrucciones si colaboran a la instalación –a priori– de nuevas fronteras o miradas esencialistas y estigmatizadoras entre las distintos modulaciones de lucha y sus expresiones identitarias y organizativas¹⁵. En este caso, es alto el sesgo relativista que tiende a desdibujar las posibles articulaciones entre las luchas, en parte por causa de la exaltación permanentemente de los particularismos que las definen, antes que los problemas y sentidos comunes que las atraviesan y organizan.

Por ejemplo, en algunos de nuestros resultados de investigación previos para Argentina, constatamos la ausencia o fragilidad de las descripciones de los vínculos entre las organizaciones ambientales en defensa de bienes comunes y los partidos políticos o sindicatos. Aquí, ha sido más bien concentrado el esfuerzo por mostrar el contenido “verde” de las luchas “obreras o campesinas”, por ejemplo–, mientras que poco sistemáticos son los ejercicios que realizan el camino inverso, esto es, analizar los contenidos “clasistas” en las resistencias ambientales. Aun en el caso de ofrecerlas desde lecturas conceptuales más expresamente reivindicadoras de la perspectiva marxista, los vínculos o alianzas

¹¹ Dice Meiksins Wood que “la ausencia de ‘discursos’ de clase explícitos no es la prueba de una ausencia de realidades clasistas y sus efectos en la formación de las condiciones de vida y la conciencia de estos sujetos que entran en su ‘campo de fuerza’”. En la misma línea, Federici sostiene la misma lógica para los movimientos feministas al afirmar que que en América Latina “muchas veces las mujeres no se definen feministas, pero sus luchas tienen contenidos muy feministas, centradas en la defensa del territorio, en la defensa de la reproducción, en la búsqueda de formas de reproducción completamente diferentes, y en rechazo de la mercantilización de la vida”.

¹² Cf., por ejemplo, Butler (2000) o Gómez (2014: p.103).

¹³ El uso ascético de esta última distinción corona a la “sociología del trabajo” y de la “fábrica” como espacio social y simbólico privilegiado de la constitución de sujetos clasistas. Por el contrario, Federici anota que, justamente, ha sido la separación de la producción de mercancías de la producción de fuerzas de trabajo el origen de la jerarquización entre el trabajo remunerado de hombres y el trabajo no remunerado de mujeres; y que ello hizo posible el desarrollo de un uso específicamente capitalista del salario y de los mercados como medios para la acumulación de trabajo no remunerado. Si la fábrica fue el “espacio consagrado” del trabajo remunerado, la “familia” surgió como el espacio para la apropiación y el ocultamiento del trabajo no remunerado de las mujeres (2015: p. 130 y p. 174).

¹⁴ Señala Meiksins Wood (1983) justamente, que ni siquiera Marx ha diseñado un vocabulario teórico “riguroso” para expresar una infinita variedad de formas empíricas históricamente específicas con las que el conflicto de clases se expresa en experiencias concretas y los lenguajes políticos de los sujetos que se le oponen.

¹⁵ Para pensar el movimiento feminista en América Latina, Federici advierte “es importante entender que no podemos cambiar la identidad si no ponemos sobre la mesa el cambio de las condiciones materiales de nuestra vida. Hoy se olvida que el movimiento feminista fue el primer movimiento que ha criticado la femineidad, ha criticado lo que significa ser mujer. Desde su principio ha reivindicado una forma múltiple y creativa de qué es ser mujer. No es que hoy se inventa la fluidez de la identidad. Ya el movimiento feminista ha criticado la femineidad. Pero, en la medida en que no hemos sido capaces de cambiar las condiciones materiales de la vida de las mujeres, no hemos conseguido un cambio real de identidades sociales. Tu puedes criticar la heteronormatividad, pero si tu continúas dependiendo de un hombre, tú vas a ser heteronormativa en la realidad” (2019: s/p).

entre luchas ambientales y “otras experiencias de lucha” (campesinos e indígenas organizados por el acceso o recuperación de sus tierras; organizaciones representantes de la lucha sindical; o sectores organizados de trabajadores informales o de desocupados, por caso) son presentados por diversos análisis desde la centralidad del concepto de “red”¹⁶; dejando de lado, por ejemplo, una noción sobre “solidaridad” vinculada a la constitución de *clase*¹⁷.

En resumen, ante el enorme volumen de reflexiones respecto de las distancias y particularidades de las experiencias de resistencia activa en la región, será necesario ponderar cuánto de la manera en la que hemos construido las herramientas teóricas y analíticas para decir sobre la inherente heterogeneidad de las luchas ha sido edificada desde un prisma de la “diversidad” o la “diferencia” que no refleja, por sí misma, la escala de los problemas alrededor de los cuales surgen los conflictos. En otras palabras, si bien la condición de fragmentación de la conflictividad y su localización en específicos contextos es parte de la manera en la que las luchas contemporáneas se estructuran y desarrollan, los problemas que organizan las disputas son globales o regionales. En palabras de Gómez, “los condicionamientos clasistas están presentes y gravitan con fuerza no a pesar sino a través de estas diversidades” (2017, p.98).

El orden capitalista –más aun, en su forma neoliberal actual– se produce y reproduce en un complejo y articulado movimiento donde toda la vida social deviene fuerza productiva y todas las relaciones (familiares, sexuales, culturales, de raza, etc.) se convierten en un engranaje relaciones de producción: la sociedad entera se vuelve, como dice Federici, “fábrica de relaciones capitalistas” (2018: p. 130)¹⁸. Si no es posible afirmar que haya zonas o campos de la conflictividad de nuestras sociedades que nada tengan que ver con esta lógica de estructuración de las relaciones capitalistas a escala global y transversal, un enfoque clasista sobre la conformación de sujetos políticos tiene mucho que aportar.

II. Un salto a la clase: claves para una recuperación no reduccionista de la clase como forma de subjetividad política

¿Cómo captar el elemento clasista en el desarrollo de la organización, la acción, los éxitos o derrotas, y la identidad de colectivos movilizados? Recuperar un enfoque clasista para el análisis de la conflictividad social no resulta un capricho dogmático. Como decíamos arriba, nuestro planteamiento parte de reconocer el peso de la producción teórica que denuncia y confirma que la característica fundamental de nuestro tiempo es una constitución global de la sustracción capitalista que tiende a ocupar la totalidad del espacio social. Las diversas y enriquecedoras lecturas actuales nos ofrecen nuevas formas para conceptualizar y distinguir los múltiples sectores y regímenes de extracción, acumulación y reproducción capitalista; ello, a su vez, sin descuidar ni la imbricación funcional, ni la distribución geográfica o los pesos y proporciones relativas que en un único sistema-mundo tienen: la industria, las finanzas, la “economía del enriquecimiento” o las tecnologías de la

¹⁶ Por ejemplo, recuperando perspectivas sobre los “nuevos movimientos sociales”, el estudio de Giarraca y Mariotti elige hablar de una “red o espacio de movimiento social”, es decir, “un conjunto de redes de interacción informales entre una pluralidad de individuos, grupos y organizaciones, comprometidas en conflictos de naturaleza política o cultural, sobre la base de una específica identidad colectiva” (2012: p. 97).

¹⁷ En nuestra perspectiva, sostenemos que la *solidaridad* es un componente crucial de toda constitución de subjetividad clasista, desde donde, por un lado, puede tomar otro matiz la constitución de diversas constelaciones de redes y alianzas; y por otro, puede resituar en otro código el viejo problema de la unidad de los sujetos en lucha, en tanto problema estratégico y político y no ontológico. (Cf. de la Vega, 2018; Revel, 2013).

¹⁸ El alcance global y transversal de las relaciones capitalistas organizadas alrededor de una “razón neoliberal”, también ha sido desarrollado en Laval y Dardot (2013: p.15).

información; ni el cada vez más desvanecido sentido de cualquier frontera entre la explotación dentro del “tiempo del trabajo” –en un sentido restrictivo– y el “tiempo de la vida”¹⁹.

Son las simultáneamente múltiples contradicciones sociales que esta expansión capitalista conlleva y reproduce lo que explica, a su vez, una forma inmanente de conflictividad: una conflictividad que organiza modos de vida dividiendo y oponiendo a unos sectores sociales con otros, una *conflictividad de clase*. Lo que caracteriza a este tipo de conflictividad es que el objeto de las disputas inscribe en la relación capital/trabajo como relación que, en sociedades capitalistas, “prefigura” las maneras en las que los sujetos acceden a sus condiciones de vida y configuran diversas relaciones sociales. Así, es la relación capital/trabajo la que, de manera antagónica, atraviesa, separa, y produce vidas, espacios, relaciones sociales y prácticas concretas e históricas, que son unidad y síntesis de múltiples determinaciones.

En el párrafo de arriba, usamos la palabra “prefigurar”, siguiendo a Williams²⁰, a fin de resaltar dos cuestiones. Por un lado, que la relación capital/trabajo si bien “determina” las relaciones entre los sujetos, no lo hace como una fuerza externa o pre-existente que controla absolutamente sus respuestas, sino como una fuerza que fija los límites de las acciones posibles. Por otro lado, comprender la naturaleza de esta prefiguración supone, asimismo, considerar que la forma de relación entre capital/trabajo no existe por sí misma, sino como forma pervertida o fetichizada en una multiplicidad de relaciones cuya condición previa –y continuamente reproducida– es el divorcio del trabajo de sus medios y condiciones. Esta separación se manifiesta cualitativamente de diversas maneras y, muchas veces, de formas no directamente aprehensibles en la experiencia más inmediata y concreta de las condiciones de vida (Gunn, 2004²¹). En otras palabras, las relaciones y condiciones en las que viven los sujetos, y sobre las que pelearán y lucharán, se presentan desde una complejidad oblicua, móvil y también paradójica.

Ahora bien, esta centralidad de la relación capital/trabajo en la organización de las relaciones sociales exige, asimismo, rechazar cualquier comprensión restrictiva del mundo del trabajo; en su lugar se propone tratarlo en su sentido más amplio, como un proceso por el cual los hombres y mujeres se configuran o resisten a esa dinámica de producción explotadora de cuerpos, de recursos y de naturaleza²². Visto así, pierden horizonte los calurosos debates que intentan dirimir si la relación capital/trabajo es la única que estructura el resto de las relaciones de dominación; o si, por el contrario, este papel lo ocupan otras relaciones y contradicciones –otrotra despreciadas como “superestructurales” o “culturales”– como lo son las de género, de raza, las religiosas, entre otras. En la medida en que en una determinada formación social y en un momento histórico dado, todas estas

¹⁹ Esta variedad de aspectos es tratada, por ejemplo, en los trabajos de Boltanski y Esquerre (2017); Fraser (2017); Bartra (2016); Gago y Mezzadra (2015); Federici (2018); Revel y Negri (2013), entre otros.

²⁰ Williams (2012: p. 51-52; 2000: p.107) elige esta palabra para precisar la orientación marxista de la más controvertida expresión de “determinación”.

²¹ Piva explica que, en los escenarios de lucha, pueden coexistir o yuxtaponerse diversas identidades o estabilizarse como dominantes algunos modos de identificación; sin embargo, la subsunción creciente de todas las relaciones sociales por el capital como tendencia histórica tiende a situar cada vez más a la relación de clase como núcleo estructurante del conjunto de relaciones de dominación, aunque esto no se traduzca necesariamente en un predominio de las luchas de clase en el conjunto de las luchas sociales y políticas (2016: p. 76).

²² Pensando el feminismo, Federici vuelve a ser pertinente cuando advierte que “El capitalismo no se ha basado solo sobre el despojo y la privatización de los medios de producción, sino a la vez en el ocultamiento del trabajo no pagado y la recreación continua de divisiones sociales y jerarquías, de poblaciones que no tienen derechos y que son explotadas al límite de sus capacidades naturales. El feminismo, poniendo el foco y brindando luz sobre la explotación de las mujeres como reproductoras de la fuerza del trabajo, poniendo luz sobre esta área de vida del proletariado y de las relaciones entre proletariado y capital, ha cambiado también nuestra comprensión de lo que es el capitalismo como totalidad. Contrariamente a lo que se dice muchas veces, que “el feminismo se ocupa sólo de las mujeres y del género”, más bien el feminismo, en su extensión más importante, ha sido una redefinición de qué es la explotación del trabajo humano en la sociedad capitalista y de cuál es la esencia de la explotación capitalista.” (2019, s/p).

fuerzas se presenten estructurando, produciendo o mediando las condiciones de existencia mediatas e inmediatas para los sujetos en relación a otros sujetos; son, en consecuencia, “estructurales” y no meramente “superestructurales” (Cf. Butler, 2000; Williams, 2012).

Entender de esta manera la multiplicidad de procesos contestatarios en el mundo capitalismo neoliberal actual no puede llevarnos a rehabilitar un concepto reduccionista y estático de *clase*, sino que exige navegar otros principios y otra arquitectura de su relación. Desde una mirada que rescata la posibilidad y el horizonte de la acción política de los sujetos, nuestra propuesta elige reubicar la noción de *clase* dentro del proceso y del campo antagonista de la lucha. De la mano de las observaciones de diversos autores contemporáneos²³, y reconociendo la influencia tripartita de Marx, Gramsci y Thompson, lo anterior nos lleva a destacar como indispensables dos claves conceptuales e interpretativas: la *clase* como proceso en constitución y la *clase* como lucha antagónica.

Lo anterior supone suspender las miradas que asumen que la *clase* es una condición dada ya por alguna posición prefijada de los hombres y mujeres en la estructura social; ya por la simple posesión/desposesión de medios de producción y vida; o, incluso, como una cualidad derivada de la presencia de algún tipo de atributo intrínseco o esencial a determinado conjunto de individuos. Estas posiciones dejan traslucir una visión reificada de la *clase* que “es definida y a la vez se define a sí misma como un grupo con cierto tipo de atributos estables ligados a una ‘colocación’ dentro del sistema (organización sindical, lucha por el salario, identidad con el Estado de Bienestar, etcétera)” (Tischler, 2001: p.178.), dando cuenta no necesariamente de una “realidad objetiva” sino, más bien, de una construcción ideológica subjetiva que opera, se reproduce y constriñe a los mismos sujetos que se nombran como “clase”.

Por el contrario, hablar de *clase* es hablar de un proceso de constitución de sujetos políticos, pero de un proceso que no es “cualquier proceso”. Es que la *clase* remite a una forma de subjetividad política en la cual los sujetos se reconocen y actúan en el marco de un conjunto de enfrentamientos antagónicos que tienen con otros sujetos por establecer, reorganizar o alterar sus condiciones sociales de existencia. Esas condiciones no son otra cosa que la sedimentación de relaciones sociales que regulan y organizan histórica y contradictoriamente dinámicas culturales, sociales, ideológicas, institucionales y políticas en las que esos sujetos viven y, ocasionalmente, luchan. Así, la constitución de *clase* es un devenir posible (mas no necesario) a partir del momento en que un colectivo social asume una “disposición a la lucha”²⁴ originada en una experiencia común de específicas e históricas condiciones de vida.

Ello es lo que habilita potencial o actualmente antagonismos y contiendas de intereses y grupos. Es decir, las contradicciones inmanentes a las relaciones sociales capitalistas “disponen” o “crean las condiciones” a participar de una lucha política, por lo que son potencialmente “conflictivas”. Pero la lucha política y los sujetos que a partir de ella se constituyen no se activan “automáticamente”. La comprensión de la *clase*, en tanto sujeto político, es siempre un estado potencial cuya condensación como tal depende tanto de las tensiones estructurantes de las relaciones sociales, como del proceso

²³ Para nuestro recorrido, importantes ha sido la actualización sobre la noción de *clase* que, para la investigación empírica, han aportado los siguientes trabajos: Nievas (2016), Piva (2016), Ciuffolini (2015), Pérez (2014), Modonesi (2010).

²⁴ Tomamos esta expresión de la afirmación de Gramsci: “La historia de las clases subalternas es necesariamente disgregada y episódica: hay en la actividad de estas clases una tendencia a la unificación, aunque sea en planos provisionales, pero esa es la parte menos visible y que solo se demuestra después de consumada” (2010: p.493). Este aspecto disgregado, desconectado y asilado de la disposición a actuar como clase es lo que Thompson señalará también – en su Prefacio a *La formación de la clase obrera en Inglaterra*– como la condición de partida de un proceso de constitución clasista: “Por clase, entiendo un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados en lo que se refiere tanto a la materia prima de la experiencia como a la conciencia” (1989: p.14).

de subjetividad política que se despliega y desarrolla a partir de aquellas contradicciones y conflictos.

Entonces, como advierten Gramsci y Thompson, el estudio de la *clase* no debe abordarse desde una perspectiva de sujetos *constituidos*, sino más bien como un espacio heterogéneo y disgregado de sujetos *en constitución*, en re-constitución o des-constitución²⁵. De esto se trata de analizar la *clase* como “proceso” y no como “cosa”; analizar la *clase* desde su inherente variabilidad y cambio, y no desde su fijación a un lugar o posición²⁶.

Pero, además de lo anterior, resaltamos que la configuración subjetiva como *clase* se realiza, siempre, al interior de una relación social, y, por lo tanto, no se puede aprehender más que a través de una relación, y, de manera específica, en una relación de lucha con otros. La *clase* sólo aparece, como sujeto político activo, cuando sostiene una lucha común que atañe a condiciones de vida también comunes: “los diferentes individuos sólo forman una clase en cuanto se ven obligados a sostener una lucha común contra otra clase” (Marx y Engels, 1974: p. 95).

Los términos “clase” y “relación de clase” son intercambiables, refieren a un tipo particular de relación, específicamente, a una relación de lucha (de la Vega, 2018; Ciuffolini, 2015, Gunn, 2004). Dentro de una misma unidad conceptual, la *clase* no es un *a priori* a la lucha ni tampoco se alcanza definitivamente a través de ella; pero es *en la lucha* donde y cuando las clases se constituyen, reconstituyen y, por supuesto, también es en la lucha donde las clases se destruyen o desaparecen²⁷. En esta línea, Marín sugiere que no se trata de encontrar qué es lo primario: si las clases o su lucha, sino de entender que el proceso mismo de formación de una clase o, el proceso mismo de su desarrollo, “presupone no sólo la génesis y la formación de clases sociales; sino que la génesis y el desarrollo mismo de las clases sociales, es la forma en que se expresa el enfrentamiento entre ellas” (Marín, 2000: p.3).

Por lo tanto, la clase no puede considerarse como el despliegue lineal de una identidad pre-existente; tampoco es un estado o una cualidad o atributo ya dado de ciertos sujetos, y no de otros. Asimismo, se descartan los intentos de identificar ciertas características que se correspondan con etapas de “evolución” o “progreso” lineal, desde una fórmula universal y única, aplicable a cualquier lucha social, en cualquier tiempo y lugar. Más aun, es trunca la empresa analítica que pretenda buscar algún punto temporal a partir del cual pueda decirse ‘aquí hay una clase’, para asumir con total seguridad su existencia posterior, o incluso, su inexistencia anterior.

Es que, la constitución de los sujetos como *clase* no se produce de una vez y para siempre, y a “una hora determinada” (Thompson, 1989; p. XIV) ni tiene exactamente los mismo “enemigos” contra quienes se cuestionan y disputan, siempre, las mismas condiciones de vida. Al contrario, la constitución como *clase* produce muchas veces, se pierde y se encuentra de nuevo; tiene que ser afirmada y desarrollada continua y prácticamente en el desarrollo de su acción política. Los sujetos, en su acción política:

²⁵ Holloway (2013; s/p) lo expresa como un campo de movimientos de composición–descomposición–recomposición.

²⁶ Parafraseando a Bonefeld, la existencia pre-establecida de la *clase* no se puede tomar como punto de partida: la existencia de la *clase* “solo puede ser entendida a través de la conceptualización de su génesis, es decir, a través de la constitución histórica de su existencia establecida” (2004: p. 64).

²⁷ Lo mismo señalan Thompson: “Para expresarlo claramente: las clases no existen como entidades separadas, que miran en derredor, encuentran una clase enemiga y luego comienzan a luchar. Por el contrario, las gentes se encuentran en una sociedad estructurada en modos determinados (crucialmente pero no exclusivamente en modos de producción), experimentan la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre los explotados), identifican puntos de interés antagónico, comienzan a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubren como clase, y llegan a conocer este descubrimiento como conciencia de clase. La clase y la conciencia de clase son siempre las últimas, no las primeras fases del proceso real histórico” (1984: p. 37)

se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzar de nuevo, se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan: *Hic Rhodus, hic salta!* ¡Aquí está la rosa, baila aquí! (Marx, 2003: p. 3).

Ello le da a la *clase* una inherente condición heterogénea y cambiante en su propia emergencia, desarrollo, y en el alcance o éxito de su lucha. Ante esto, y cuando no surgen exactamente de la misma forma, cuando “no hay ley” (Thompson, 1989: p. XIV) para su emergencia y trayectoria, se vuelve imprescindible el análisis empírico sobre el presente de la acción política concreta de los sujetos, y de las relaciones de lucha en las que entran.

Con su énfasis en el proceso de formación de la subjetividad clasista, lo anterior nos permite mirar formas contemporáneas de constitución de *clase* que podrían ser aprehendidas a simple vista como “imperfectas”, “impuras”, “parciales”, “erróneas” o “poco efectivas”. Por eso, en última instancia, el mayor potencial de esta analítica es la superación de esquemas dualistas sobre las condiciones subjetivas dentro de capitalismo: conciencia/falsa conciencia; racionalidad/irracionalidad; clase en sí/clase para sí, etc.

Reflexiones finales

“¡El que aún este vivo, que no diga: «nunca»!

Lo seguro no es seguro.

Nada quedará como está.

Cuando hayan hablado los que dominan

hablarán los dominados.

¿Quién se atreve a decir «nunca»?”

Bertolt Brecht, *Loa de la dialéctica*, 1932

Históricamente, en América Latina, los sectores subalternos expresaron formas novedosas de resistencia y lucha: indígenas, campesinos, trabajadores informales, clase obrera urbana, entre otros. Declarada la “superación de la política de clases”, le tocaría al “populismo” dar expresión política – con más o menos críticas– a esta abigarrada realidad de los sectores contestarios o disidentes, a través de la noción unificadora de “pueblo”. Cuando este no fue el caso, las políticas de y por la “diversidad” nos ofrecieron un estallido de “identidades” y su fluidez. Frente a ambas salidas, atinamos a desconfiar de un despliegue casi teatral de la disidencia que, o es fragmentado y gestionado como un gran “mercado de identidades”, o niega cualquier potencial vocación hegemónica que no sea una inacabable sustitución de proyectos políticos que pueden ser discursiva y contingentemente universalizables.

Frente a este laberinto, en este artículo sostuvimos que una analítica de *clase* se vuelve urgente para pensar y buscar no la homogeneización de los sectores subalternos, ni tampoco un nuevo sustrato subjetivo de universalización que ocupe el lugar del “pueblo”, la “nación” o la “ciudadanía”. Al contrario, sostuvimos que sólo la heterogeneidad de los sectores subalternos –sus formas de nombrarse a sí mismos, de identificar enemigos, de luchar contra ellos, y de elaborar alternativas e cambio y transformación– confirma la oblicuidad con la que la conflictividad de clases se manifiesta ordenadora de las actuales relaciones sociales de explotación capitalista y dominación neoliberal. Si

los focos de resistencia en nuestra región recuperan cuestiones –la paz, el ambiente, el género, la sexualidad, los derechos humanos, etc.– que no son o no fueron inquietudes incorporadas por las organizaciones de clase clásicas o tradicionales; o que no se enuncian desde leguajes políticos “esperables” o “asimilables” a reivindicaciones salariales; ello no implica que en los problemas que enfrentan o los conflictos que protagonicen no operen o se anulen las relaciones capitalistas que ordenan nuestras sociedades –estructuradas, justamente, mucho más allá de relaciones estrictamente salariales. Justamente esa condición refractaria o condicionada en la que aparecen o se expresan estas cuestiones o problemas en las formas de organización política es una consecuencia misma de la dinámica del orden social y político capitalista.

Con un escenario así planteado, la clave clasista resuena en mayor o menor medida en todos los procesos de colectivización, agrupamiento, desagrupamiento, cohesión o fragmentación, en los que haya involucrado alguna forma de antagonismo en relación con las condiciones materiales de vida. ¿Quién puede decir que no? ¿Quién puede decir “nunca”? Sería un error, luego, buscar la *clase* solo en los grupos que se autodenominan “clases” o realizan invocaciones clasistas. Sería un error también, considerar una política de transformación que se disponga a una resolución de este “problema” en la unidad homogeneizante de los sectores subalterno; más bien, lo anterior nos sugiere una unidad forjada bajo una “lógica de la estrategia” (Foucault, 2007: p. 62), que es la lógica de la conexión entre lo heterogéneo, pero sin ninguna promesa de unidad forjada a base de exclusiones que reinstituyan la subordinación entre fenómenos de rebelión como su condición misma de posibilidad. Como dice Butler, el horizonte se prefigura más prometedor como una práctica contestataria que precisa que las distintas resistencias articulen sus objetivos bajo la presión ejercida por los otros, sin que esto signifique exactamente transformarse en los otros.

Bibliografía

Alimonda, H.; Toro Pérez, C. y Martín, F. (2017). *Ecología Política Latinoamericana: Pensamiento Crítico, Diferencia Latinoamericana y Rearticulación Epistémica* (Vol. I y II). Buenos Aires: CLACSO-CICCUS-UAM.

Bartra, A. (2016) “Renta Petrolera”. En *Hacia un marxismo mundano* (pp. 115- 170). México: Itaca.

Boltanski, L., y Esquerre, A. (2017). Enriquecimiento, beneficio, crítica. *New Left Review* 106, pp. 71–82.

Bonefeld, W. (2004). “Clase y Constitución”. En Holloway, J., *Clase = Lucha* (pp. 33-68). Buenos Aires: Herramienta.

Butler, J. (2000). El Marxismo y Lo Meramente Cultural. *New Left Review* 2, 109-121.

Ciuffolini, M.A. (2010). *Resistencias. Luchas Sociales Urbanas en Córdoba Post- 2001*. Córdoba: EDUCC.

Ciuffolini, M.A. (2015). El Hilo Rojo: Subjetivación o Clase. *Crítica y Resistencias* 1, 51-64.

Ciuffolini, M.A. (2017), *Quien no se mueve no siente sus cadenas. Estudios sobre luchas político-sociales en la Córdoba Contemporánea*. Córdoba: EDUCC.

Ciuffolini, M.A., de la Vega, et al. (2017). *Diálogos desde el llano: capitalismo y resistencias* Córdoba: Colectivo de Investigación El llano en llamas.

de la Vega, C. (2017). “En los laberintos de la institucionalidad ambiental. Luchas, sentidos y relaciones de fuerza”. En Ma. Alejandra CIUFFOLINI (edit.), Quien no se mueve, no siente sus cadenas. Estudios sobre las luchas político-sociales en Córdoba (pp. 173-206). Córdoba: EDUCC.

de la Vega, C. (2018). “¿Lucha sin clase? Experiencia de clase en las asambleas riojanas en contra de la megaminería”. Tesis de Doctorado. Doctorado en Ciencias Sociales. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires (UBA). Buenos Aires.

de la Vega, C. y Ciuffolini, M.A. (2019). “¡Aquí está la rosa, baila aquí! Un ejercicio sobre las claves y dimensiones de un análisis clasista de conflictos sociales”. En Diego PÉREZ ROIG, Gonzalo BARRIOS GARCÍA y Ezequiel ACSEBRUD (comp.), Naturaleza, territorio y conflicto en la trama capitalista contemporánea, pp. 69-91. Ranelagh: Extramuros.

Federici, S. (2015). *Calibán y la bruja*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Federici, S. (2018) *El Patriarcado Del Salario*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Federici, S. (2019). “El movimiento feminista puede ser una fuerza hegemónica porque pone el foco en la reproducción de la vida”. Entrevista en *Gramsci en América Latina*. Disponible en https://gramscilatinoamerica.wordpress.com/2019/06/03/silvia-federici-el-movimiento-feminista-puede-ser-una-fuerza-hegemonica-porque-pone-el-foco-en-la-reproduccion-de-la-vida/?fbclid=IwAR1zZsQ_Ci7bZeHA6A60-xMJXPjcoUErA9duyAAV-Vk-kdKiRCEPrsPDdq4

Foucault, M. (2007). *Nacimiento de La Biopolítica*. Buenos Aires: FCE.

Fraser, N. (2017). ¿Una Nueva Forma de Capitalismo? *New Left Review* 106, 61–70

Gago, V. y Mezzadra, S. (2015). Para una crítica de las operaciones extractivas del capital. Patrón de acumulación y luchas sociales en el tiempo de la financiarización. *Nueva Sociedad* 255, pp. 38-52.

Giarraca, N., y Mariotti, D. (2012). ‘Porque juntos somos muchos más’. Los movimientos socioterritoriales de Argentina y sus aliados. *OSAL* 32, 95-116.

Gómez, M. (2017) Análisis de Clase, Movimientos Sociales y Antagonismo: Saliendo de la Parálisis Teórica. *Theomai* 36, pp. 94–118. Disponible en http://revista-theomai.unq.edu.ar/NUMERO_36/6.Gomez_36.pdf

Gómez, M. (2014). *El regreso de las clases*. Buenos Aires: Biblos.

Gramsci, A. (2010) Antología. México: Siglo XXI.

Gudynas, E.; Svampa, M.; Machado, D.; Acosta, A.; Cajas, J. *et. al.* (2016). *Más allá del neoliberalismo y el progresismo*. Barcelona: Entrepueblos.

Gunn, R. (2004) “Notas Sobre Clase.”. En Holloway, J., *Clase = Lucha* (pp. 17–31). Buenos Aires: Herramienta.

Holloway, J. (2013). “Por qué Adorno”. En: <http://www.johnholloway.com.mx/2011/07/31/%C2%BFpor-que-adorno/>

Korol, C. (2010). *Resistencias populares a la recolonización del continente* (Vol. 1. Y 2). Buenos Aires: CIFMSL.

Laval, C. y Dardot, P. (2013). *La Nueva Razón del Mundo*. Barcelona: Gedisa.

Lorey, I. (2016). *Estado de Inseguridad*. Madrid: Traficante de sueños.

Marín, J.C. (2000). La noción de polaridad en los procesos de formación y realización de poder. *Razón y Revolución* 6, 1-21. Buenos Aires: CISCO.

Marx, K. (2003). *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* Barcelona: Fundación Federico Engels.

- Marx, K. y Engels, F. (1974). *La Ideología Alemana*. Barcelona: Ediciones Pueblos Unidos - Ediciones Grijalbo.
- Meiksins Wood, E. (1983). El Concepto de Clase En E.P. Thompson. *Cuadernos Políticos* 36, 87–105.
- Meiksins Wood, E. (2013). *¿Una política sin clases? El post-marxismo y su legado*. Buenos Aires: RyR.
- Modonesi, M. (2010). *Subalternidad, Antagonismo, Autonomía. Marxismos y Subjetivación Política* Buenos Aires: CLACSO-Prometeo.
- Modonesi, M. y M. Iglesias (2016). *Perspectivas teóricas para el estudio de los movimientos sociopolíticos en América Latina: ¿cambio de época o década perdida?* *De Raíz Diversa* 5, 95–124. Disponible en <http://latinoamericanos.posgrado.unam.mx/publicaciones/deraizdiversa/no.5/4. Perspectivas teoricas para el estudio de los movimientos sociopoliticos en America Latina- cambio de epoca o decada perdida. -Massimo Modonesi, Monica Iglesias.pdf>
- Nievas, F. (2016). *Lucha de Clases*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Núñez, A. (2013). *Tiempos Intinerantes: Apropiación y Expropiación de territorialidades sociales en ciudades argentinas*. Mar del Plata: EUDEM.
- Pérez, P. (2014). Cómo entender y estudiar la conciencia de clase en la sociedad capitalista contemporánea . Una propuesta. *Theomai* 29, pp.121–140
- Piva, A. (2016). La desorganización de la acción de clase en la Argentina reciente y los problemas conceptuales para el estudio del conflicto obrero. *Estudios Políticos* 48, pp. 73-93. DOI: 10.17533/udea.espo.n48a05
- Quijano, A. (2014). “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. En *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder* (pp. 777-832). Buenos Aires: CLACSO. Disponible en <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20140507042402/eje3-8.pdf>
- Revel, J. (2013). “Diagnóstico, subjetivación, común: tres caras de la emancipación hoy”. En Altamira, C. (Ed.), *Política y Subjetividad* (pp. 243–256), Buenos Aires: Waldhuter.
- Revel, J. y Negri, A. (2013) “El común en rebelión”. En C. Altamira (Ed.), *Política y Subjetividad* (pp. 235–242). Buenos Aires: Waldhuter.
- Segato, R. (2013) *La Crítica de la Colonialidad en ocho Ensayos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Seoane, J., Taddei, E. y C. Algranati (2018) *Movimientos Sociales e Internacionalismo en Nuestra América*. Buenos Aires: Luxemburg-IEALC-GEAL.
- Soto Fernández, D., Antonio Herrera González de Molina, M. y Ortega Santos, A. (2006). La protesta campesina como protesta ambiental, siglos XVIII-XX. *Historia Agraria* 42, 277-301.
- Svampa, M. (2009). Protesta, Movimientos Sociales y dimensiones de la acción colectiva en América Latina. Trabajo presentado en las *Jornadas de Homenaje a C. Tilly*. Universidad Complutense de Madrid y la Fundación Carolina, 7-9 de Mayo de 2009. Disponible en <http://www.maristellasvampa.net/archivos/ensayo57.pdf>
- Thompson, E.P. (1989) *La Formación de la clase obrera en Inglaterra* (Tomo I). Barcelona: Editorial Crítica.
- Thompson, E.P. (1984) *Tradición, Revuelta y Consciencia de Clase*. Barcelona: Editorial Crítica.

Tischler, S. (2001). La ¿sociedad Civil?: ¿fetiche? ¿sujeto?. *Bajo El Volcán* 2, 169-181. Disponible en www.redalyc.org/articulo.oa?id=28600310

Williams, R. (2000) *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.

Williams, R. (2012). *Cultura y Materialismo*. Buenos Aires: La Marca.

Zibechi, R. (2003). Los Movimientos Sociales Latinoamericanos: Tendencias y Desafíos. *OSAL* 9, 185-188. Disponible en <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/osal/osal9/zibechi.pdf>